

¿ES POSIBLE SER FELIZ? LAS RESPUESTAS DEL INGENUO, DEL DESENCANTADO Y DEL ESPERANZADO

El mito de Sísifo

Su cuerpo tenso levanta la enorme piedra una y otra vez. Por momentos, la hace rodar por el piso con las manos para ayudarse. Luego, la mejilla de su rostro contraído se pega nuevamente a la roca para subir la cuesta mil veces recorrida. Finalmente, con la ayuda de un hombro y la tensión de sus piernas y brazos transpirados esforzándose al límite de sus capacidades, Sísifo deposita la gigantesca roca en la cima de la montaña. La satisfacción de la meta alcanzada le dibuja una sonrisa que dura solo un instante en su rostro fatigado. Porque apenas unos segundos después, ve cómo la piedra descende rodando rápidamente hacia la base de la montaña donde lo espera para repetir la agotadora tarea. Por siempre.

Según la mitología griega, Sísifo, fundador y rey de Éfira, fue condenado por los dioses a cargar con una pesada roca hasta la cima de una montaña. Una vez logrado el objetivo, la piedra caía por su propio peso hasta la base y Sísifo debía volver a subirla repitiendo esta trabajosa rutina indefinidamente. Nuestra vida se parece bastante a la de Sísifo. Nos proponemos un objetivo que pensamos que va a hacernos felices, trabajamos duro para alcanzarlo y, si lo alcanzamos, disfrutamos brevemente de nuestro logro. Pero poco tiempo después nos damos cuenta de que todavía no somos felices. Necesitamos algo más. Entonces, nos proponemos otro objetivo pensando que este sí va a hacernos felices. Pero, en realidad, solo estamos dando comienzo a un nuevo ciclo. Por ejemplo, ahora estás leyendo este texto con el objetivo de aprobar esta materia y de graduarte pensando que así serás feliz. Es cierto que cuando te gradúes, después de mucho esfuerzo, estarás muy contento, pero te darás cuenta de que todavía deseas más cosas: dinero, una casa, un auto, vacaciones, una familia, etc. Esta es la vida de Sísifo. Cada vez que conseguimos uno de estos trabajosos objetivos nos sentimos contentos, alegres o satis-

1. Profesor y licenciado en Filosofía por la Universidad Católica Argentina y doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra. Actualmente se desempeña como profesor de Antropología y Ética, y de Oratoria en la Universidad Austral y en la UCA y de Filosofía y Música en el Colegio Arrayanes.

fechos parcialmente, pero aún no hemos alcanzado la felicidad, que es lo que realmente deseamos. La prueba está en que, si seguimos deseando algo más es porque no estamos totalmente satisfechos. Y si no estamos totalmente satisfechos es porque aún no somos totalmente felices. Pero entonces, ¿es posible ser feliz?

La felicidad consiste en el dinero

Para saber si es posible ser feliz tenemos que analizar el deseo de felicidad que tenemos en nuestro corazón y tratar de entender hacia qué objeto tiende, de qué tiene sed. Cuando alguien tiene sed, siempre desea el agua y nunca la rechaza. Nosotros siempre tenemos sed de felicidad. Siempre deseamos ser felices. Por lo tanto, el objeto que sacie el deseo de felicidad tiene que ser algo que siempre busquemos y nunca rechacemos. Es natural pensar que esto es el dinero, pues ¿quién no lo desea permanentemente? ¿Quién sería capaz de rechazar una gran suma? ¿Acaso no estudiamos y trabajamos para conseguir dinero?

Sin embargo, es falso que la felicidad consiste en el dinero por dos razones. En primer lugar, no es cierto que todos buscamos siempre el dinero. Algunas personas realizan trabajos solidarios sin grandes salarios, como los cooperantes de Médicos sin Fronteras, o incluso sin paga, como los bomberos voluntarios. También hay muchos santos que han renunciado a sus fortunas y las han repartido entre los pobres, como san Francisco de Asís o san Juan Bautista de La Salle. Todos ellos han dejado de lado el dinero para buscar la felicidad en otro sitio. En segundo lugar, el dinero no es algo que se quiere por sí mismo, sino por aquellas cosas que podemos comprar con él. Por ejemplo, a todos nos gustaría tener un millón de euros, pero no por los billetes en sí mismos, sino para comprarnos un buen auto, una buena casa, etc. ¿Qué sentido tendría tener mucho dinero si no lo pudiéramos gastar? El dinero es un medio, no un fin. Pero la felicidad no es un medio, sino un fin en sí mismo. Es decir, no queremos la felicidad para luego obtener otra cosa como queremos el dinero para luego comprarnos algo, sino más bien lo contrario. Hacemos todo lo que hacemos para ser felices. Por lo tanto, *la felicidad no consiste en el dinero porque este no es un fin en sí mismo.*

La felicidad consiste en los bienes materiales

De lo anterior se seguiría que la felicidad no consiste en el dinero, sino en las cosas que podemos comprarnos con él. ¿Quién no sería feliz con una casa espectacular, un auto de alta gama, la mejor ropa, el móvil más avanzado, etc.? Por eso, quienes tienen todas estas cosas deberían ser felices, ¿verdad?

En realidad, la historia está llena de personas que han vivido rodeadas de riquezas materiales y no han sido felices. Entre otras cosas, esto es porque los bienes materiales son algo que se puede perder. Nos pueden chocar el auto, el móvil se nos puede rom-

per, la ropa puede pasar de moda, etc. Y aunque nada de esto suceda de hecho, la mera posibilidad de que ocurra genera preocupación. En general, los que tienen muchas riquezas están pendientes de ellas, cuidándolas y preocupados por acrecentarlas, porque las pueden perder. Y esto evita que sean felices, porque nadie diría que es feliz si está preocupado por no perder lo que tiene. Por eso, la felicidad tiene que ser un estado que no pueda perderse. Pensemos en lo que solemos sentir los últimos días de las vacaciones o los domingos. Nos damos cuenta de que falta poco para que se termine ese buen momento y, por eso mismo, porque entendemos que se va a terminar, no podemos disfrutar plenamente de lo que queda. Para ser plenamente felices, además de sentirnos felices, tendríamos que saber que ese estado de felicidad que poseemos nunca va a terminarse. Por lo tanto, *los bienes materiales no son la felicidad porque pueden perderse.*

La felicidad consiste en el placer

Además, a los bienes materiales tampoco los queremos por sí mismos, sino para disfrutarlos, para gozar con ellos. La casa espectacular la queremos porque podríamos hacer una gran fiesta superdivertida. El auto de alta gama, para viajar muy confortablemente y a toda velocidad. El móvil último modelo, para comunicarnos más rápido con nuestros amigos y organizar mejor la fiesta. Y así con todas las cosas. Las queremos en tanto nos den alguna satisfacción. Por eso, pareciera que la felicidad no consiste ni en el dinero ni en lo que podemos comprarnos con el dinero, sino en el placer que nos da gozar de las cosas. El placer es un fin en sí mismo. Nadie quiere gozar por otra cosa más que por el mismo placer de gozar. Gozar de una sabrosa comida, una deliciosa bebida, un baño caliente en invierno o una ducha fría en verano, una siesta cuando estamos cansados, una tarde al sol en una paradisíaca playa, una noche de pasión, etc. La felicidad está en esos pequeños momentos espectaculares en los que quisiéramos que el tiempo se detuviera y duraran para siempre.

Pero claro, ese es justamente el problema. Cuanto más placentero es el momento, más rápido se pasa. Por ejemplo, supongamos que estamos comiendo un delicioso chocolate. El placer puede ser muy grande, pero ¿cuánto podemos tardar en comer un chocolate? ¿Un minuto? ¿Cinco? ¿Diez, como mucho? Podemos disfrutarlo mucho, pero brevemente. Y cuanto más intenso es el placer, más rápido se termina y más lo extrañamos cuando se acaba. El placer es muy efímero. No podemos hacerlo durar mucho tiempo así como tampoco podemos comer mucho chocolate seguido. Después de cuatro o cinco barras necesitamos algo más. Un vaso de agua, por ejemplo. Lo mismo pasa con todas las demás cosas placenteras. El baño caliente, la ducha fría, la siesta, la playa y la noche de pasión. Siempre, después de gozarlas, necesitamos algo más. Pero si necesitamos algo más, entonces no somos felices. Porque para ser felices tendríamos que estar totalmente satisfechos y no desear nada más. Por eso, *el placer no es la felicidad porque no satisface plenamente*, es decir, no colma todos nuestros deseos.

La felicidad consiste en el amor humano

Esto es porque en el fondo de nuestro corazón no queremos placer, sino amor. Amigos, una pareja, casarnos, tener hijos, una familia. Es evidente que los mejores momentos de nuestras vidas han sido aquellos que compartimos con nuestros seres queridos. En definitiva, para ser felices necesitamos alguien a quien amar. ¿O acaso hay algo mejor que estar enamorado?

Depende. Podríamos amar a alguien, pero sin ser correspondidos. Eso no nos haría felices, sino bastante infelices. O podríamos amar a alguien y ser correspondidos, pero que ese alguien no nos hiciera bien, sino mal. Y aunque amáramos a alguien que nos hiciera bien y fuéramos correspondidos, siempre existiría la indeseada posibilidad de que algún mal, como una enfermedad o la muerte, arruinara ese amor o lo destruyera. El amor humano es lo más parecido a la felicidad y por eso es lo mejor que podemos encontrar en nuestra vida. Es un fin en sí mismo y lo deseamos más que al dinero, a los bienes materiales y al placer. Pero no es perfecto. Es algo muy bueno, pero no es absolutamente bueno. Y porque no es absolutamente bueno puede arruinarse o perderse a causa de algún mal. Esto lo hace imperfecto y, por eso, tampoco nos satisface plenamente. Pero nuestro deseo de felicidad necesita un amor perfecto. O mejor dicho, un amante perfecto. Alguien a quien amemos y que nos ame, pero, además, que sea absolutamente bueno, es decir, que excluya todo mal que pueda arruinar o destruir el amor. Por eso, *el amor humano no es la felicidad porque no es absolutamente bueno.*

El ingenuo, el desencantado y el esperanzado

En síntesis, la felicidad no consiste ni en el dinero, ni en los bienes materiales, ni en el placer, ni en el amor humano porque, aunque estas cosas son buenas (algunas muy buenas) ninguna de ellas es lo suficientemente buena como para ser aquello que nuestro deseo de felicidad necesita para ser colmado: alguien que sea amable por sí mismo, absolutamente bueno, que nos satisfaga totalmente y cuyo amor nunca podamos perder. Pero entonces, ¿es posible ser feliz?

Hay tres respuestas posibles a esta pregunta. La primera es *la respuesta del ingenuo* que piensa que la felicidad sí se encuentra en alguna de las cosas que descartamos. Si no la encontró aún es porque necesita más dinero, un auto mejor, unas vacaciones más placenteras o la pareja adecuada. Pasa toda su vida pensando que la roca de Sísifo alguna vez se quedará quieta en la cima, sin entender que siempre vuelve a caer rodando hasta al pie de la montaña. La segunda es *la respuesta del desencantado* que sí se dio cuenta de que ninguna de estas cosas da la felicidad y, por eso, no espera mucho de la vida y trata de reprimir el deseo mismo de felicidad y de conformarse con lo que tiene. Es una respuesta superior a la anterior y sería la mejor si el objeto de nuestro deseo de felicidad no existiera, pues entonces no tendría sentido buscarlo. Es la de aquel que se rinde y se sienta sobre la piedra preguntándose: «¿Para qué cargar con la roca hoy si mañana estará en el mismo

lugar?». La tercera es *la respuesta del esperanzado* que piensa que no habríamos nacido con el deseo de felicidad si el objeto que satisface ese deseo no existiera. Porque para cada deseo del ser humano hay en el mundo un objeto que lo satisface plenamente. Tenemos hambre y existe la comida. Tenemos sed y existe la bebida. Tenemos deseos de tener amigos y una familia, y existen personas que pueden satisfacerlo. Si tenemos el deseo de felicidad, el deseo mismo puede tomarse como un indicio fuerte de que el objeto que lo satisface también existe. Si no lo encontramos en este mundo, no es porque nuestro deseo es vano, sino porque lo encontraremos en otro mundo. El deseo de felicidad que ni el dinero, ni los bienes materiales, ni los placeres, ni nuestros seres queridos pueden satisfacer totalmente, es el fundamento de la esperanza de que seremos felices plenamente después de la muerte en el encuentro eterno con nuestro amante perfecto que muchos llaman Dios. *La felicidad consiste en Dios porque él es el único objeto que puede satisfacer nuestro deseo de felicidad, ya que es amable por sí mismo, absolutamente bueno, nos satisface totalmente y nunca podemos perder su amor.* Solo él puede librarnos del agobiante yugo de la roca de Sísifo y hacernos verdaderamente felices. Si esto es así, las tres respuestas se reducen a dos opciones: o nacimos para ser felices o para fracasar. O estamos hechos para Dios o para buscar sin éxito la felicidad en las cosas del mundo. Por eso, para saber cuál de estas dos opciones es la verdadera, tendríamos que darnos cuenta de que cuando nos preguntamos: ¿es posible ser feliz?, en realidad, estamos preguntándonos: ¿desearíamos ser felices si no fuera posible serlo?

BIBLIOGRAFÍA

Boecio, *La consolación de la filosofía*, Aguilar, Buenos Aires 1955.

Tomás de Aquino, *Suma teológica*, Editorial Católica de España, Madrid 1947, I-II, q. 1-5.

C. S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 2009, pp. 146-149.